

**JORGE
FRISANCHO**
(POEMAS ELEGIDOS)



ASOCIACION CULTURAL PERUANO-SOVIETICA

JORGE FRISANCHO nació en Barcelona, España, en 1967. Ha estudiado Letras en la Universidad Católica y actualmente estudia Literatura en San Marcos. Ha publicado *Reino de la Necesidad* con el sello *Asaltoalcielo / editores*. Ha ejercido el periodismo en el *Nuevo Diario* y *La Opinión*. Actualmente trabaja en el Dominical de *La República*.

Primer jueves de mayo, 1989

REUNION ELEGIDA
EDICIONES

PRIMERA MIGRACION / las aves

Conozco la historia de estas aves. Aves
que llegaron de muy lejos a poblar una cálida costa
y no encontraron sino la arena sucia, el mar que muere
y ese largo silencio delineando sus sombras.
Conozco la historia de estas aves vencidas por un tiempo
que no puede soportar tanta belleza, es decir, aquel tiempo
del ardor y la fatiga, nuestro sueño,
el sol que cae sobre la arena sucia
y un horizonte que se curva más allá de los ojos: sí, conozco la
historia de estas aves tranquilas
que me miran, estas aves que miro: esperaron el retorno sin poder
olvidar
y la vida fue entre ellas el oficio de los desesperados y los mansos,
nada notable para quienes aprendieron
con dolor que los deseos son un círculo debajo de las olas,
que las olas van perdiéndose al caer la tarde.
Se alzaron contra un cielo demasiado oscuro, prendieron de él sus
suaves sueños
y tampoco en su solitaria permanencia encontraron la ciudad.
Esa ciudad
donde ahora suponen un cuerpo que retenga sus presentimientos,
la sabiduría y la paz, una vida finalmente dedicada a olvidar.
Pero esperaron el retorno sin poder olvidar. Y nada han visto
sino la arena sucia. Y nada han encontrado salvo el mar que muere.

Sí, conozco la historia de estas aves.
Su primera migración ha sido en vano.

(De *Reino de la Necesidad*)

REINO DE LA NECESIDAD

I

La ciudad que ves ahora es obra del desasosiego.

Aunque tu cuerpo permanezca tendido al otro extremo de la noche
no podrás justificar su densidad y su hartazgo, no su sueño,
no sus ojos brillando sobre aquel horizonte ficticio: palabras,
solamente palabras,
falso equilibrio de imágenes iguales a sí mismas y cuerpos -como
el tuyo -
incapaces de saber lo que se esconde en el reverso, inmóvil, del
espejo que sostiene su historia.

Y la ciudad que ves ahora es obra del desasosiego.

Caminas por calles solitarias y oscuras
que bien podrían ser el laberinto o su metáfora, donde tus pasos son
como los pasos de un niño al que ya nadie recuerda
volviendo después de demasiados años a su triste soliloquio.
Este niño que, andrógino y hermoso, aprendía los juegos de la manipulación
y el arrepentimiento
y aprendía el miedo que atraviesa tras ellos la humedad, mezcla
de sudor y un blanco semen destinado al vacío.
Así, su primer canto era una vaga parábola de la desarmonía, sombra
del pavor,
transparente figura de la culpa y el cansancio, y su voz se elevaba
sobre estas mismas calles
solitarias y oscuras donde elevas tu voz, y sus deseos quizá fueran
idénticos a tu más oculto sueño,
y tu más oculto sueño quizá esconda su renacimiento.
Como a él, nadie ha de decirte que estás equivocado, y no conocerás
la razón de su convulsa belleza.

Cambias.

Y aunque quieras terminar ahora con esta peregrinación, no habrá
de ser en vano

el paso del tiempo en tus pupilas gastadas por el paso del tiempo,
y te verás repitiendo en el poema aquel relato demasiado inocente
o demasiado trivial

que repiten quienes no han podido todavía adivinar el error.

Cambias.

La limpia mirada con que antaño te guardaste el escepticismo
ahora no es sino el inútil ejercicio de su propia nostalgia.

Atesoraste aquel canto para darlo al olvido cuando pasen los años,
más los años pasaron y solamente puedes recordar, pues sabes bien
que lo que permanece es falso, que aquello que se ama
no devuelve nunca su pasión a las palabras.

Las palabras cambian.

El viaje, entonces, continúa.

II

Oscurísimas voces nos han confundido.

Muy poco familiar resulta ahora el antiguo territorio que habitabas,
insomne,

como una sombra que quisiera huir de su escasa voluntad para encontrarse
luego

en un cuarto despoblado o poblado solamente por sombras similares a
ella,

para hacer de sus presentimientos y su absurdo temor
el origen visible de un hermoso artificio.

Afuera un mar remoto vuelve aún sobre sus propios pasos, y es inútil
buscar el sentido o el orden de ese movimiento
pues ha forzado por siglos la memoria y solamente ella lo posee.

Sabes bien que hace ya tiempo descubrimos su ardiente semi-sueño,
que solíamos hundir nuestras cabezas en él



hasta verlas brillando bajo la luz de la luna, para emerger, después,
desnudos y más limpios que nunca.

Cuántas veces en esta misma costa fuiste un dios que inventa su
mitología

y cuántas veces has amado sobre ella, salvajemente fiel a su espejismo
y su humedad.

¿Recuerdas? . Esa tarde una hermosa muchacha conoció contigo su espejismo
y su humedad:

aprendieron juntos a abrazarse cubiertos por el agua, bebieron vino
y partieron cuando el sol enrojecía.

Y, después de eso, cuántas veces volvieron sus ojos y tus ojos a
clavarse en un ocaso sin fin,

para encontrar apenas los opacos restos de su antigua transparencia.

Escapaste así de una muerte demasiado cruel, y te viste obligado a
suponer, innumerables veces,

el retorno que ella misma anunciaba con el paso de los años.

Mas los años pasaron, te digo, y solamente puedes recordar.

III

Mira ahora ciudades como bosques que arden, refugio o confín de la
palabra,

belleza de los cuerpos que supieron levantar por encima de sí
lo negado del mundo, imaginándose perfectos en la repetición de una
liturgia más antigua todavía que sus cantos.

Estuviste a salvo de toda premeditación.

Seguías ciegamente una llamada tenaz como el deseo o su simple memoria
y entrabas allí como fantasma de un tiempo que se desconoce, sin
apenas moverte.

De entonces sólo queda la ferocidad, ruinas atroces donde crece
libremente la hierba

y una cierta tendencia a traicionar ese trabajo perfecto.

La ciudad que ves ahora, te digo, es obra del desasosiego.

Qué sonidos recogerían de ti
un insensato desorden cargado de historia, la disposición asimétrica
de sus contradicciones
en este mismo lugar al que descendes para verte en el centro, o en
el mismo centro
donde millones de cuerpos se suceden y se alternan, anudándose los
unos a los otros
en la defensa de una secreta verdad, impermeables al símil, maquinaria.
Un viejo edificio ocultaría
quién sabe qué deseos similares al tuyo, y tal vez en su interior
queden retazos de ti mismo
como quedan prendidos en la arena o bajo ella, pues en ciertas ocasiones
has visto en la mirada que te tiende el espejo el mismo brillo con
que enfrentas la mudanza.

No digas entonces que no amas este cementerio, su única plaza de
palomas, sus innumerables muertos.
Su vigilia es tu lenta vigilia, sus círculos concéntricos
son tus círculos concéntricos en la cambiante lógica del sueño, su
defecto es el tuyo luego de comprobarlo,
sus más apacibles animales son las fieras que retozan contigo en
el exacto límite
y más allá no hay nada.

No digas entonces que no amas este cementerio, su única plaza de
palomas, sus innumerables muertos.
Sería inútil, pues solamente aquí has de regresar.

IV

Palabras, sí solamente palabras hallarás cuando termine la noche.

Sin saberlo viertes sobre ellas una sombra que es algo más que una
sombra,
el ruido imposible de tu desconcierto imposible, el pálido fulgor
de tu cuerpo que desaparece.
Palabras, sí solamente palabras hallarás cuando termine la noche.
El viaje, tu viaje, continúa.

(*De Reino de la Necesidad*)

MI DOBLE

Quién se detiene acá para entonar canciones alucinadas
y qué voz es la que nos convoca, qué sonido nos trae
a tí y a mí, cuerpos similares naciendo en una cálida vigilia
y enfrentados como en la superficie del espejo, otra casa nuestra.

Qué silbido en qué lugar oculto, qué sueño irrepetible
sosteniéndose en qué noches, y qué noches
son las que levantas sobre mi cuerpo implacable, tú, implacable bestia
mía,
mientras miro tus contornos febriles, mientras creces
y creces bajo mi sombra desnuda, bajo mi deseo inútil, bajo mi hermosa
soledad.

Y qué nuevo artificio construiré para habitarte, qué palabras
ocultarán tu horrible gesto con qué dócil máscara, cuando todo concluya
y nuevamente seas mi interior animal, mi doble sosegado y cauto.

(*inédito*)